

## Miguel de Cervantes: “Don Quijote de la Mancha” Comentario de texto.

### CAPÍTULO XXV

QUE TRATA DE LAS EXTRAÑAS COSAS QUE EN SIERRA MORENA SUCEDIERON AL VALIENTE CABALLERO DE LA DE MANCHA, Y DE LA IMITACIÓN QUE HIZO A LA PENITENCIA DE BELTENEBROS

- [...] y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien *fue uno*: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mal año y mal mes para don Belianís y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo asimismo que, cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido imitando a Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio, en la persona de Eneas, el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habían de ser, para dejar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma suerte, Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debernos imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo, pues, esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballería. Y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fue cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana a hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros; nombre, por cierto, significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido. Así que me es a mí más fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué, se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guejetas.

### 1. Localización.

El texto propuesto para el comentario es un fragmento del capítulo XXV de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha* (1605). Aunque concebido por Cervantes como una parodia cuya intención era ridiculizar los libros de caballerías tan en boga en la época, la maestría e innovación en el terreno novelístico que supuso el *Quijote* y su riqueza significativa es de tal

alcance que se la considera indiscutiblemente una de las cumbres de literatura universal.

El protagonista de la novela es Alonso Quijano, un hidalgo pobre que, enloquecido por su desmedida afición a los libros de caballerías, toma la determinación de convertirse en caballero andante y lanzarse en busca de aventuras en que pueda demostrar su valor, favorecer a los débiles y defender la justicia. Desde su segunda salida, el rústico Sancho Panza lo acompañará como escudero en sus múltiples aventuras.

En la primera parte, la locura de don Quijote deforma su percepción de la realidad, la cual acomoda a lo leído en las novelas de caballerías; así, las ventas se convierten en castillos, los molinos en gigantes, los rebaños en ejércitos... Y sus aventuras tienen casi siempre un final desastroso, del que Don Quijote culpa a encantadores enemigos suyos, los cuales, dice, transforman las cosas para robarle la gloria del triunfo. En la aventura de los galeotes, Don Quijote, interpretando de modo simplista los principios caballerescos, se enfrenta con los guardianes y libera a un grupo de condenados a galeras, que apedrean ingratamente a Don Quijote cuando les manda que vayan al Toboso y se presenten a Dulcinea. Tras esta aventura, Sancho, temiendo que sean prendidos por la Santa Hermandad, logra convencer a Don Quijote de que se oculten en Sierra Morena (cap. XXIII)

El capítulo XXIV relata el encuentro con joven Cardenio, que empieza a contarles la historia de su desdicha: la traición de su amigo Fernando, que le roba y se casa con su amada Luscinda. Ello explica la locura violenta, con intervalos de lucidez, que padece el joven. La locura de amor que representa Cardenio y la aspereza y apartamiento de la Sierra Morena sugieren a Don Quijote el nuevo despropósito del que se ocupa el capítulo XXV: *la imitación que hizo a la penitencia de Beltenebros*.

2. **Contenido.** *(breve resumen del argumento y detalle de los temas presentes en el fragmento; hay que mencionar a los personajes que aparecen y los tipos de elocución)*

Don Quijote, en efecto, resuelve imitar la penitencia que Amadís de Gaula, cambiando su nombre por el de Beltenebros, hizo en la Peña Pobre cuando fue desdeñado por su amada Oriana. Ahora bien, como muy sensatamente observará Sancho a continuación, Dulcinea no ha desdeñado ni engañado a Don Quijote, por lo que éste carece por completo de motivos para convertirse en penitente o en loco violento. Frente a la penitencia por amor de Cardenio (real, o del mismo plano de realidad que Don Quijote) y a la penitencia motivada de su modelo Amadís (ficticio, aunque tenido por Don Quijote por histórico), el propósito de Don Quijote es un acto incongruente que se nos aparece como una degradación disparatada y caricaturesca: una parodia, en definitiva, del modelo caballeresco, donde este motivo de la penitencia del héroe es frecuente.

Dentro de este contexto, el fragmento que vamos a comentar corresponde al parlamento en que don Quijote razona y da cuenta de su intención imitar la penitencia de Amadís (más adelante duda entre imitar la penitencia de Amadís o la furiosa locura de Orlando).

3. **Estructura.** (los tipos de elocución, el punto de vista, los tiempos verbales y la evolución del contenido marcan la estructura narrativa del fragmento)

En tal parlamento construye Cervantes un remedo humorístico de la oratoria, desde su misma estructura. El discurso, en efecto, presenta una estructura argumentativa, que, tras sentar dos premisas, extrae una conclusión, siguiendo un esquema silogístico:

- Premisa primera: Amadís fue el mejor caballero andante.
- Premisa segunda: En cada actividad hay que imitar a los mejores.

- Conclusión: Hay que imitar a Amadís (conclusión de la cual deriva su idea de, en este caso, imitarle en su penitencia).

La construcción del razonamiento se hace visible en los nexos que encabezan cada fase: el primero enunciativo, el segundo copulativo -pues suma la segunda premisa a la primera-, y el tercero consecutivo:

**Quiero que sepas que...** }  
Premisa 1  
**Digo asimismo que...** } → **Siendo, pues, esto así...**  
Premisa 2  
Conclusión

La caricaturización burlesca de este estilo oratorio se apoya en diversos procedimientos:

- En primer lugar, la desproporción entre la abundancia verbal y la puerilidad del contenido; mucha palabrería para expresar un razonamiento elementalísimo, que hemos resumido arriba en tres frases.
- En segundo lugar, el uso, y a veces abuso paródico, de diversos recursos retóricos de la oratoria, que se combina con inadecuadas expresiones coloquiales deslizadas por Cervantes, como veremos en el análisis del estilo.
- Y por último, y mucho más importante, la incongruencia final que desbarata todo el rigor exhibido en el discurso, produciendo un inesperado efecto cómico. De la conclusión de que hay imitar a Amadís cabría esperar que Don Quijote decidiese imitarle en su prudencia, valentía, generosidad... y ello sería relativamente congruente (dentro del disparate que supone pretender resucitar la caballería medieval en el siglo XVII). Pero lo que Don Quijote decide es hacer penitencia sin tener ningún motivo para hacerla, sólo para imitar a Amadís.

La disposición argumentativa y el remedo de la oratoria del fragmento responde, por lo tanto, al designio de crear un contraste cómico entre una forma razonable y un contenido disparatado. Dentro de su locura (y éste es uno de sus rasgo admirables), Don Quijote parece justificar razonablemente un propósito digno de respeto y admiración, pero, al final, la aparente racionalidad de su discurso se derrumba, revelando su enajenación y provocando la hilaridad.

## 4. Estilo.

A este fin (crear una ilusión de racionalidad para desbaratarla después) apuntan los rasgos más destacados del estilo, que, además de la estructura, adquiere a menudo el empaque característico de la oratoria. Tras un frase introductoria (con ironía de Cervantes, pues Sancho estará un buen rato suspenso hasta conocer su decisión), el discurso empieza sentando la primera premisa: *Amadís fue uno de los más perfectos caballeros andantes*. De inmediato, no obstante, rectifica: *no fue uno sino el mejor*, hecho que proclama rotundamente con una construcción superlativa y una retórica acumulación de sinónimos:

fue el **sólo**, el **primero**, el **único**, el **señor** de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo.

Tal rotundidad se refuerza en la oración siguiente con un juramento sobre la falsedad de toda opinión contraria:

Mal año y mal mes para don Belianís y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto.

Pero esta frase comienza con modismo coloquial inadecuado al tono del discurso (“*Mal año*”), fórmula de execración que dirige simultáneamente a un posible rival de Amadís y a aquellos que no piensan como él. Cervantes desliza esta expresión coloquial en el discurso y, además, juega humorísticamente con ella, ampliándola de modo incongruente (“*Mal año y mal mes*”), minando ya desde ahora la solemnidad del discurso.

La enunciación de la segunda premisa es más artificiosa y razonada. Parte de un ejemplo concreto (el pintor) que contiene una idea sobre el arte muy corriente en el Renacimiento: el artista que desee perfeccionarse ha de imitar las mejores obras. Don Quijote extiende esa regla a *todos los más oficios o ejercicios*, convirtiéndola en su segunda premisa (en cada actividad hay que imitar a los mejores). Y a continuación la ilustra con otros dos ejemplos: del mismo modo que el aspirante a pintor imita los mejores cuadros, quien quiera adquirir virtudes como la prudencia o la sagacidad deberá imitar a Ulises o a Eneas.

Ejemplo 1	el pintor que desea perfeccionarse	imita los cuadros	de los mejores pintores
<b>Regla</b>	el hombre que desea perfeccionarse	debe imitar las obras	de los mejores
Ejemplo 2	el que quiere adquirir prudencia	imita al Ulises	de Homero
Ejemplo 3	el que quiere adquirir valor	imita al Eneas	de Virgilio

El parecido entre el primer ejemplo y los dos últimos se acentúa mediante metáforas que asimilan escritores y pintores:

En cuya persona y trabajos nos **pinta** Homero un **retrato** vivo...  
no **pintándolos** ni describiéndolos...

Y los dos últimos ejemplos parecen más que razonables en la medida en que, de acuerdo con distinción clásica entre poesía e historia (muy difundida y aceptada en el Renacimiento), el poeta no relata los sucesos como fueron, sino como debieron ser, proponiendo a sus héroes como modelos:

no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habían de ser,  
para dejar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes.

Sin embargo, se ha producido ya un primer quiebro en el razonamiento. El arte imitando al arte, es decir, la imitación como modo de aprendizaje del artista, era una idea común en la época. Pero de ella pasamos a la imitación de héroes ficticios por parte de hombres reales: la vida imitando al arte. Este deslizamiento permite incluir dentro de esta serie, como cuarto ejemplo y anticipando a la vez la conclusión, a Amadís de Gaula:

Desta mesma suerte Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debernos imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos.

Ante cuya designación se acumulan de nuevo las metáforas enaltecedoras (*fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros*). Éste y otros recursos (la derivación en *prudente y sufrido* – *prudencia y sufrimiento*, las numerosas bimebraciones), junto con las comparaciones de valor ejemplificativo ya mencionadas, mantienen el elevado tono oratorio del discurso.

Y llegamos así a la conclusión, avanzada ya en la frase anterior y formulada con toda solemnidad: *el caballero andante que más le imitare estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballería*. Pero sigue a ello una afirmación que no parece venir a cuento: la virtudes de Amadís (que destaca en una enumeración excesiva) resplandecieron sobre todo en su penitencia de la Peña Pobre:

y una de las cosas en que más este caballero mostró su **prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor**, fue cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana a hacer penitencia en la Peña Pobre

Y en lugar de imitar a Amadís en sus virtudes, decide, como consecuencia de su conclusión, imitarle en esa a su juicio célebre acción sin tener ningún motivo para ello. En contraste con la rigurosa lógica anterior, no tiene más que prosaicas razones de orden práctico. La primera:

me es a mí más fácil imitarle en esto, que no en	hender gigantes,  descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos;
---	---

De nuevo la figura de Amadís es exaltada mediante una desmedida enumeración de sus hazañas, en forma paralelística; la alta oratoria encubre todavía el prosaísmo de dejarse llevar por la opción más fácil. Pero en la segunda razón desciende ya el discurso a lo coloquial. El lugar es adecuado para hacer penitencia, por lo que no hay que dejar pasar la ocasión, sino tomarla por los cabellos:

y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué, se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas.

Frase hecha en la que *cabellos* se sustituye cómicamente por su equivalente literario (*guedejas*). La incongruencia del discurso y la trivialidad de los últimos argumentos se refleja finalmente en la caída del estilo oratorio a la lengua coloquial, produciendo un notable efecto cómico.

## 5. Conclusión.

El análisis del fragmento, en definitiva, nos ha mostrado tanto la destreza estilística de Cervantes como algunos aspectos de la locura de Don Quijote. Cervantes dota al parlamento de Don Quijote de la estructura y retórica propias de la oratoria, pero con el fin de decantar humorísticamente ese estilo abusando de sus procedimientos y mezclándolo con elementos coloquiales; y, sobre todo, de crear un cómico contraste entre una forma rigurosamente lógica y una conclusión final disparatada.

El razonamiento y su conclusión (la decisión de emular la penitencia de Amadís) nos muestra, a la vez, algunos rasgos de la personalidad de Don Quijote: su entendimiento no parece verse afectado por su locura, y en muchas ocasiones de la novela es tenido por hombre discreto en todo lo que no tiene que ver con la caballería andante. Así lo vemos en la coherencia y propiedad inicial de su parlamento y en otros famosos discursos (las edad de oro, las armas y las letras). Pero como tal razonamiento tiene que ver con la caballería, no podía menos que disparatar al final. Y, dentro del conjunto de la novela, en este capítulo percibimos un nuevo aspecto de su trastorno. Hasta este momento Don Quijote imitaba la conducta y virtudes de los héroes caballerescos y deformaba la realidad, pero para vivir sus propias aventuras; ahora, en cambio, se propone vivir un episodio concreto del *Amadís*, sin ser Amadís ni tener siquiera sus motivaciones, revelando así hasta qué punto llega su manía libresca.